Domingo, 13 noviembre 2022
El Evangelio del Domingo 33−C

Lc 21,5-19

Que el Señor nuestro Jesucristo… consuele los corazones de ustedes

Según el Evangelio de Marcos, seguido por Mateo y Lucas, Jesús habría hecho, durante su vida pública, un solo viaje a Jerusalén y éste para morir allí, después de pocos días, menos de una semana. Según el evangelista Juan, en cambio, Jesús habría hecho, al menos, tres viajes a Jerusalén y en el último se habría detenido allí, antes de su pasión, seis meses, desde el otoño (octubre-noviembre en el hemisferio norte) hasta su muerte, que ocurrió en la Pascua, es decir, en la primera luna llena de la primavera (abril-mayo) del año siguiente. Lucas parece conocer esta información, porque nos ofrece el programa de un día de Jesús en Jerusalén, dando la impresión de que su estadía en la Ciudad Santa fue más prolongada que sólo una semana: «Por el día enseñaba en el Templo y salía a pasar la noche en el monte llamado de los Olivos. Y todo el pueblo madrugaba para ir donde Él y escucharlo en el Templo» (Lc 21,37-38). El Evangelio de este Domingo XXXIII del tiempo ordinario, que es el penúltimo del año litúrgico, nos transmite lo enseñado por Jesús en el Templo en uno de esos días.

«Dijeron algunos, acerca del Templo, que estaba adornado de bellas piedras y ofrendas votivas». El Templo, en el tiempo de Jesús, había sido reconstruido y embellecido por Herodes el Grande, a partir del año 19 a.C. y llevaba 46 años en construcción (cf. Jn 2,20). Según los contemporáneos, merecía la observación sobre su belleza que hicieron algunos. Pero Jesús, en lugar de adherir a esa apreciación, hace una predicción que dejó a todos perplejos: «Esto que ustedes ven, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea derruida”». Se pensaba, en efecto, que el Templo estaba construido sobre el «tehom» (fuerza caótica primordial, cf. Gen 1,2) y que su destrucción coincidiría con el fin del mundo. Por eso, la pregunta natural siguiente es la que hicieron a Jesús los presentes: «Maestro, ¿cuándo sucederá eso? Y ¿cuál será el signo de que todas estas cosas están para ocurrir?».

Jesús responde distinguiendo la destrucción del Templo, como un hecho ocurrido dentro de la historia, del hecho de su Venida, que pondrá fin a la historia humana: «Miren, no se dejen engañar. Porque vendrán muchos usurpando mi Nombre y diciendo: "Yo soy" y "el tiempo está cerca". No los

sigan… el fin no es inmediato». Según esta respuesta de Jesús el fin será cuando Él venga, porque Él es el único que puede declarar con verdad en Nombre propio: «YO SOY». La destrucción del Templo, en cambio, ya había ocurrido, cuando Lucas escribió su Evangelio. Fue destruido por las tropas de Tito en el año 70 d.C., después de un asedio de cinco meses contra los judíos que se habían levantado contra Roma y se habían refugiado allí.

Además de la destrucción del Templo, pueden considerarse cumplidas las cosas que Jesús indica como signo del fin. En el ámbito de la historia humana: «Se oirá hablar de guerras y revoluciones… se levantará nación contra nación y reino contra reino»; en el ámbito del anuncio cristiano: «Les echarán mano y los perseguirán, entregandolos a las sinagogas y cárceles y llevandolos ante reyes y gobernadores por mi Nombre; esto les sucederá para que den testimonio…»; en el ámbito de los fenómenos naturales: «Habrá grandes terremotos, peste y hambre en diversos lugares, habrá cosas espantosas, y grandes señales del cielo». Jesús declara: «Es necesario que sucedan primero estas cosas, pero el fin no es inmediato».

Jesús agrega un signo que se refiere en particular a sus discípulos, los que se conocían por su Nombre (Cuando Lucas escribió su Evangelio, ya se conocían con el nombre de «cristianos», cf. Hech 11,26): «Ustedes serán entregados por padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán a algunos de ustedes, y serán odiados por todos a causa de mi Nombre». Antes del fin, entonces, debe manifestarse un odio universal contra todo lo que tiene el Nombre de Cristo, hasta el punto de afirmar, como hacen algunos, que la humanidad habría estado mejor sin el cristianismo.

Jesús ya había anunciado que el Día de su venida sería inconfundible: «Les dirán: “Veanlo aquí, veanlo allá”. No vayan, ni corran detrás. Porque, como relámpago fulgurante que brilla de un extremo a otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su Día» (Lc 17,23-24). Esta doctrina la toma Lucas de San Pablo. No olvidemos que Lucas se convirtió a Cristo por la predicación de Pablo; luego, fue de su comitiva y estuvo con el apóstol hasta su muerte (cf. Col 4,14; Flm 24; 2Tim 4,11). San Pablo trata el tema de la Venida de Cristo en las cartas 1 y 2 Tesalonicenses, que son los primeros escritos del Nuevo Testamento. A sus destinatarios, que consideraban inminente le Venida del Señor (la Parousía), el apóstol escribe: «Primero tiene que venir la apostasía y manifestarse el Hombre impío, el Hijo de perdición, el Adversario que se eleva

sobre todo lo que lleva el nombre de Dios… a quien el Señor destruirá con el soplo de su boca, y aniquilará con la Manifestación de su Venida» (2Tes 2,3.4.8). Según el apóstol, habrá en el mundo una escalada del mal y del odio contra Dios, instigada por el «Impío», que actuará bajo el influjo de Satanás, y entonces, el Señor lo aniquilará con la Manifestación de su Venida: «Verán venir al Hijo del hombre en una nube con gran poder y gloria» (Lc 21,27).

Después de anunciar a sus discípulos esa extrema tribulación, que precede al fin −«serán odiados por todos a causa de mi Nombre»− Jesús les asegura: «No perecerá ni un cabello de la cabeza de ustedes; con su perseverancia salvarán sus almas». Con esta misma consolación, que vale para los cristianos de todos los tiempos, concluye San Pablo su exposición a los tesalonicenses: «Que el mismo Señor nuestro Jesucristo y Dios, nuestro Padre, que nos ha amado y que nos ha dado gratuitamente una consolación eterna y una esperanza dichosa, consuele los corazones de ustedes y los afiance en toda obra y palabra buena» (2Tes 2,16-17).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles